

## ¡SEÑOR, SEÑOR, ÁBRENOS! (Mt 25,1-13)

**En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos esta parábola:** <sup>1</sup> «El Reino de los Cielos es semejante a diez vírgenes, que, con su lámpara en la mano, salieron al encuentro del novio. <sup>2</sup> Cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. <sup>3</sup> Las necias, en efecto, al tomar sus lámparas, no se provieron de aceite; <sup>4</sup> las prudentes, en cambio, junto con sus lámparas tomaron aceite en las alcuas. <sup>5</sup> Como el novio tardara, se adormilaron todas y se durmieron. <sup>6</sup> Mas a media noche se oyó un grito: “¡Ya está aquí el novio! ¡Salgan a su encuentro!” <sup>7</sup> Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas. <sup>8</sup> Y las necias dijeron a las prudentes: “Denos de su aceite, que nuestras lámparas se apagan”. <sup>9</sup> Pero las prudentes replicaron: “No, no sea que no alcance para nosotras y para ustedes; es mejor que vayan donde los vendedores y se la compren”. <sup>10</sup> Mientras iban a comprarlo, llegó el novio, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de boda, y se cerró la puerta. <sup>11</sup> Más tarde llegaron las otras vírgenes diciendo: “¡Señor, señor, ábrenos!” <sup>12</sup> Pero él respondió: “En verdad les digo que no les conozco”. <sup>13</sup> Velen, pues, porque no saben ni el día ni la hora».

Ya casi nos estamos despidiendo, según nuestra fe, del presente año litúrgico. O dicho de otro modo mucho más teológico, ya nos estamos aproximando a la Parusía. ¡Viene el Esposo! ¡No tarda! ¡Maranatha, Señor! Aclamaremos con más ímpetu en estos tres últimos domingos. Viene el Esposo y viene a purificar nuestras relaciones. Pues, todo es relación. La vida humana y la vida divina, el presente como la parusía, la paz como la salvación dependen muchísimo de nuestras relaciones. Obvio, para quien cree.

### Las bodas

Aunque sabemos poco sobre el rito del matrimonio de aquel tiempo, algunas cosas sí son claras. Por ejemplo, el matrimonio judío, a diferencia de las otras culturas, incluido la de los incas, tenía dos momentos. El primer matrimonio acontecía en la casa de la esposa y el segundo y definitivo, después de un período de tiempo y sin haber convivido aún, se celebraba en la casa del esposo. El futuro esposo iba donde la esposa para llevársela a su casa donde empezaban su vida matrimonial. Esta parábola trata entonces del matrimonio definitivo. Pero no es una parábola lineal y lógica según nuestro estricto razonamiento occidental y preguntón. Cada personaje, por ejemplo, sale mal parado. No aparece la esposa. En su lugar hay cinco vírgenes necias y cinco egoístas. Y no solo egoístas, también sarcásticas. ¿Qué negocio está abierto a media noche? Y hay un esposo que tarda. Normalmente, vayan a las parroquias, son las esposas que tardan. Llegan tarde y trata mal a las necias. «¡No las conozco!», les dirá. A pesar de que éstas fueron invitadas... Las parábolas judías no se mueven según nuestra lógica. Hay detrás una simbología. ¿Por qué diez vírgenes? ¿Por qué vírgenes? ¿Por qué un esposo protagonista? ¿Por qué a media noche? ¿Y el aceite? Solo el pueblo judío entiende bien esta simbología. Por eso, Mateo escribió para ellos, para los cristianos judíos.

Diez es el símbolo de la totalidad. Y cinco es el símbolo de la comunidad, de la Iglesia, igual que las vírgenes representan al pueblo de Israel. En el AT existen muchísimos ejemplos en los cuales los profetas comparan a Israel con una doncella virgen (una analogía

singular). Y el pueblo de Israel tiene un Esposo (Is 54,5). Dios (*Yhwh*) es visto y esperado como Esposo. Un esposo que a su llegada inaugurará un banquete nupcial, de alegría y gozo. Quién cree esto, espera entonces su llegada, porque significa paz, bendición y acogida. Pero este Esposo llega «a media noche» (6). Cuando la oscuridad domina, cuando las tinieblas y la confusión prevalece, cuando el cansancio y la muerte no tienen ocaso, como sucedía seguramente en aquel momento con los destinatarios de Mateo.

### Los cristianos

Habían ya pasado cincuenta años de la muerte y resurrección del Nazareno. Del Templo quedaba piedra sobre piedra, el entusiasmo misionero inicial se extinguía por falta del aceite de las buenas obras. Los poderosos y señores continuaban dominando, es más, persiguiendo a los pobres cristianos. Muchos habían ya perdido la esperanza del retorno del Mesías. La figura del Mesías se desvanecía entre los cristianos y al horizonte no veían sino oscuridad. Otros, en cambio, permanecían aún en vela. Seguían confiando, a pesar de todo, a pesar de la demora, en las palabras del Maestro. Sabían que vendría el Señor, aunque tardase. Su esperanza no se había oscurecido ni la figura del Mesías había dejado de ser una verdad de fe. Aquellos, según esas actitudes, fueron considerados necios (*morai*: tontos, estúpidos, insensatos) y éstos prudentes (*fronimoi*: discretos, precavidos, sensatos). Aquellos se dejaron vencer por el cansancio, mientras que éstos aún esperaban. Aquellos pensaban que todo terminaría y desaparecería, mientras que éstos anhelaban tiempos mejores. Aquellos vivieron desconfiados, sin preocupaciones ni mayores esfuerzos, mientras que éstos andaban atentos cuidando el aceite de las buenas obras, custodiando el fuego de la fe y salvaguardando la doctrina del Maestro. Aquellos con el pasar del tiempo olvidaron el rostro del Señor del mismo modo que el Señor olvido sus rostros, mientras que para éstos aquel rostro no había perdido nitidez, era reconocible en cualquier momento y viceversa.

Sucede lo mismo en estos años. De un tiempo de apogeo, el cristianismo va pasando a una decadencia no tan inexplicable. Mira cómo se encuentra Europa, ni qué decir del Oriente Próximo. Ya casi no hay cristianos y los pocos que quedaron tuvieron que huir desesperados buscando refugio. ¿Qué pasa con el cristianismo? ¿Qué pasa con la figura del Mesías? Algunos filósofos apostaron hace ya varias décadas que sus días estaban contados. Y hay quienes se burlaron del Mesías o incluso los desvirtuaron como sucedió entre algunos fanáticos. La noche de los totalitarismos y de las dictaduras casi siempre ateas, propagaron terror, violencia y oscuridad. Se apagaron así muchas lámparas. Y las lámparas, curioso, no se comparten. O tú mismo hace experiencia del cristianismo y del Mesías que no tarda en venir o nadie lo hará por ti. La experiencia del Señor resucitado es íntima, personal e intransferible. Eso es lo asombroso. En la oscuridad existencial cotidiana y metropolitana, hay quienes viven alumbrando con las lámparas, con las lámparas de sus vidas. Lámparas que iluminan su alrededor y alumbran el camino del Mesías, del Esposo.

### ¡No les conozco!

Qué traumático sería que un día el Maestro te diga: «¡No te conozco!». Y en aquel momento, como dice la parábola de Lucas, gritaremos desesperados y responderemos contrariados, diciendo: «Señor, hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas» (13,26). Los siento. «¡No te conozco!».

El misterio de la vida y de la salvación radica en las relaciones. Pues, «todo está en relación», afirma la última encíclica del Papa Francisco. El misterio de la vida y de la

felicidad se basa en la relación. Porque así nos hizo al Trinidad de relación. Por eso, el requisito para participar del banquete de bodas del Cordero consiste en el conocimiento recíproco. Y justamente, nuestro mundo, la sociedad, la familia y la vida personal no siempre se edifica sobre esta verdad. ¿Cuántos esposos se desconocen? ¿Cuántos hijos se convirtieron en un enigma para sus padres y viceversa? ¿Cuántos fieles se conocen en las parroquias? ¿Cuántos hermanos, hermanas, viven clandestinos dentro de sus comunidades? ¿Cuántos frequentadores de misas conocen de verdad al Mesías, al Esposo del Iglesia? O la pregunta mucho más dramática religiosamente, ¿Te conoce, el Señor?